

La infancia en la investigación, una reflexión epistemológica desde la narración de “*Alicia en el país de las maravillas*”

Heidy Natalia García Cadena*

“El acercamiento de lo que no se conviene; sería el desorden que hace centellear los fragmentos de un gran número de posibles órdenes en la dimensión, sin ley ni geometría, de lo heteróclito” (Foucault, 1968, p. 3)

De la risa que le provocara a Foucault la vacilación de Borges en una “cierta enciclopedia china”, a propósito de una taxonomía de seres reales y otros imaginarios, surge el texto “las palabras y las cosas”; y de la reflexión por la episteme del orden, el desorden, los contextos, los sujetos de la investigación, así como de la mirada de un clásico texto de literatura denominada “*Alicia en el país de las maravillas*” donde se plasman seres imaginarios como naipes que cobran vida, animales que hablan y se sumergen en prácticas sociales como un gusano fumando narguile, animales extinguidos en la supervivencia de las especies referenciadas por Charles Darwin, como el dodo, entre otros, que toman el té en un mundo de sinrazón, desorden, juegos de lenguaje y locura, surge este ensayo.

Pues bien, se establece la narración de “*Alicia en el país de las maravillas*” como referencia central, ya que cumple una doble función en el escrito: en primer lugar, se relaciona con una reflexión por la infancia, estableciendo un horizonte epistemológico para el abordaje del sujeto de investigación; en segundo lugar, todos los símbolos y situaciones que se presentan a lo largo de la narración, son analogía de hechos sociopolíticos desde una perspectiva crítica.

Así se encuentra una relación directa con la

* Licenciada en Psicología y Pedagogía de la Universidad Pedagógica Nacional. Estudiante de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Miembro del grupo de investigación: Educación y Cultura Política de la Universidad Pedagógica Nacional.

epistemología que, tal como lo ha señalado Foucault, implica una mirada histórica a las condiciones que han posibilitado el surgimiento de discursos y prácticas; desde las discontinuidades históricas que han configurado una episteme donde el lenguaje y la representación juegan un papel crucial, dado que su análisis en perspectiva de discontinuidad posibilita evidenciar relaciones de poder y política sobre las cuales se han cimentado las ciencias sociales.

Del contexto en el cual se escribe “*Alicia en el país de las maravillas*”

Alicia hace su aparición en un momento histórico, en donde aun se fundamentaba la visión clásica de la ciencia en el marco del proyecto de modernidad con el modelo newtoniano y el dualismo cartesiano, cuya pretensión fuera la de fundamentar una universalidad abstracta bajo principios matemáticos, es decir, lo que Foucault llamaría la episteme del orden; siendo resaltable que las coordenadas de tiempo y espacio sean establecidas a partir del plano cartesiano.

En el siglo XIX se vive un mundo de caos, en donde todos los valores están en crisis, el pensamiento cartesiano es discutido y la lógica se hace insuficiente para pensar el ser humano, así que Lewis Carroll rompe con el orden de la lógica a través de la narración de “*Alicia en el país de las maravillas*”, en la que la noción del tiempo se encuentra imbuida en una comunicación entre personajes a manera de monólogos y juegos de palabras. En términos de Gilles Deleuze (1994) se toma en consideración la teoría del sentido a través de una serie de paradojas, “el sentido es una entidad inexistente, incluso tiene relaciones muy particulares con el sinsentido” (Deleuze, 1994, p. 6).

De esta manera, el texto de Carroll se encuentra atravesado por un principio de arbitrariedad que se puede tomar en dos sentidos: de una parte, todo el relato gira en torno a una contraposición a los principios de la lógica y por el otro, es una forma contradictoria de proceder frente a las leyes establecidas en el sistema social de absolutismo monárquico representado por Lewis Carroll en los naipes de una baraja que organizan las reglas y el control de un orden establecido por la reina de corazones, quien a su vez es la analogía de la Reina Victoria de Inglaterra; así, Carroll hace algunas referencias a la era victoriana en una inversión del orden natural y bajo una pérdida de la tercera dimensión del espacio, utilizando una simbología subversiva respecto al contexto histórico en el que fue escrito.

La obra de Lewis Carroll (1832-1898) es un retrato subjetivo de Inglaterra en la época Victoriana que toma referencias de la lógica, ya que Carroll desde muy temprana edad se formó en el área de las matemáticas, aunque más tarde se dedicara también a la fotografía y a la literatura, en una concepción de la divinidad o perfección que se inmortalizaba en la fotografía para la contemplación del cuerpo, lo cual, posteriormente implicó problemas de índole moral frente a las concepciones que manejaba la sociedad victoriana, tema que también se refleja a lo largo del relato de *“Alicia en el país de las maravillas”*, aunque es también un aspecto importante para aproximarse a una perspectiva del sujeto fuera de la objetivación y el mecanicismo.

Una epistemología para abordar el sujeto de investigación.

Alicia vivirá en el viaje al país de las maravillas diferentes momentos de angustia “La angustia la hace llorar al principio hasta que sus lágrimas forman un charco; la abrume hacia la mitad del relato, cuando se entera por el gato de Cheshire que está perdida en un país de locos; la sobrecoje al final, cuando el conejo blanco la convoca a juicio” (Carroll, 1992, p. 32), probablemente evidencia la constante tensión entre el mundo adulto y el infante o niño, señala Garrido que el paso de la inocencia del niño al adolescente se da con el desarrollo de la sexualidad y con ello es de re-

cordar que la historicidad de las concepciones de infancia parten del apareamiento de los discursos de la psicología, siendo la modernidad una época caracterizada por la inquietud del niño como particularidad, que deja a un lado la concepción de adulto en miniatura, al que se le debía exigir como tal dejando a un lado todas las vicisitudes que como infante iba concibiendo; en este periodo histórico aparecen características de periodización, estableciéndose la infancia como una etapa primordial de la vida y momento adecuado para iniciar la instrucción básica, para lo cual se construye una imagen del niño representado en la docilidad, debilidad y fragilidad de juicio, siendo la acción de la familia desde su institucionalidad y el papel de los dispositivos de encierro los que delimitarán la definición de infancia. Aries (1987) ha señalado en sus estudios sobre la infancia, que durante el siglo XVII los niños son separados de los adultos y en el momento en que son apartados se introduce un nuevo campo, la educación, que a su vez es la encargada de formar al niño desde el aislamiento del adulto y en la aplicación de técnicas y discursos que organizan todas las actividades de la cotidianidad del niño.

Sin embargo es de ver que no existe un encasillamiento del sujeto en la mirada objetivadora de la ciencia, por el contrario, las paradojas y las series contradictorias que coloca Lewis Carroll a lo largo del texto son como una semejanza a lo que Sigmund Freud denominó “el inconsciente”, ya que no existe un orden determinado a lo largo de la narración y han sido también conocidas algunas interpretaciones desde la perspectiva psicoanalítica a la forma en que se encuentra estructurado el texto, así como en su relación con el lenguaje.

Desde la narración de Alicia, la relación del sujeto con el mundo está determinada por el lenguaje, toda la historia está marcada por una alteración de éste y a la vez con las dimensiones del cuerpo físico, los súbitos olvidos de la propia identidad “-¡Qué sensación más extraña! -dijo Alicia-. Siento como si me comprimiera igual que si fuera un catalejo” (Carroll, 1973, p. 119), y las paradojas hacen ruptura del sentido, denotando una relación inconstante de adjetivos y sustantivos que imposibilitan una definición única en los actos de un lenguaje que comunica irrealidad; “cuando los nombres de parada y descanso son arrastrados por los

verbos de puro devenir y se deslizan en el lenguaje de los acontecimientos, se pierde toda identidad para el yo, el mundo y Dios.” (Deleuze, 1994, p. 8).

Probablemente la contradicción del sentido, o más bien el sinsentido, inicia con el cambio de tamaños que tiene Alicia después de beber a la entrada de la cueva. Deleuze señala que la simultaneidad en los cambios de tamaño rompe el sentido determinable que había indicado Platón a propósito del devenir; es decir, de las cosas que son permanentes y temporales; Lewis Carroll muestra los dos sentidos a la vez sin una causalidad temporal. “La paradoja es primeramente lo que destruye al buen sentido como sentido único, pero luego es lo que destruye al sentido común como asignación de identidades fijas.” (Deleuze, 1994, p. 8).

Desde la perspectiva que se ha venido mostrando, se procura hacer una apuesta por salir de la mirada objetivadora del sujeto, razón por la cual vale la pena referenciar la aproximación que hace Giorgio Agamben (2001) al concepto de *infans*, haciendo referencia a la relación entre pérdida de la experiencia y positivación de la subjetividad, para lo cual sitúa la experiencia en aquello que se encuentra en el hombre antes de toda significación otorgada por la sociedad y sus saberes, es una incompatibilidad con la certeza, un enmudecimiento, una pureza originaria.

Bajo esta consideración, Agamben en el texto de “infancia e historia” sitúa la experiencia en el “*infans*”, como ese ser que aun no tiene la lengua, por consiguiente, la pérdida de la experiencia radica en un problema del lenguaje, ya que cuando el sujeto externaliza a su vez establece una relación con el otro en el cual se alienará, perdiendo toda experiencia originaria.

Ese “otro” al que se refiere Giorgio Agamben son los discursos fundados en diferentes momentos históricos, de manera tal que esta visión de la experiencia realiza una articulación entre historia y experiencia.

En esta historicidad, los discursos de la modernidad dan lugar a lo que Agamben llamará: “pérdida de la experiencia”. Lo anterior por cuanto estos discursos han expropiado al hombre de su experiencia, en una relación lingüística implícita en

sus saberes y discursos, que lo único que buscan es hacer del hombre un objeto de experimentación después de haberlo privado de su existencia.

Esta expropiación tiene sus principios en las nuevas formas de vida del ser humano, en donde todo carece de importancia y ningún acontecimiento alcanza trascendencia en los hechos del diario vivir, impidiendo el reconocimiento de lo cotidiano.

De esta forma, la pérdida de la experiencia en la modernidad favorece el desarrollo de campos del saber como la medicina, la psiquiatría y la psicología, que positivizan la subjetividad, expropiando al ser humano de sí mismo para ejercer un control sobre los cuerpos en una búsqueda de objeto experimental, llegando a convertir al ser humano en una simple existencia fisiológica- a su vez que la experiencia es transformada en “caso” o en “experimento”, fundamentándose en la carencia de experiencia. Los orígenes históricos de esta pérdida se pueden situar con la ciencia moderna, en donde aquello que era fantasía es abandonado por el sujeto del conocimiento. Así, parece que ya no es posible una *infancia del hombre* y toda posibilidad ha sido relegada, habiendo formulado como única alternativa del hombre la positivación de la subjetividad.

Todo ello sin tener en cuenta las consecuencias de la expropiación de la experiencia, lo que convierte a la fantasía en un fantasma y al deseo en una necesidad frustrada, en el intento por un camino de certezas el conocimiento que se genera desde estos saberes se encuentra en la ausencia de camino, cuando el sujeto no se puede relegar a una sustancia orgánica de una psicología racional y la conciencia es considerada como una realidad psíquica sustancial, olvidando que el carácter psíquico no siempre fue algo evidente.

Lo anterior nos indica un abordaje del ente particularmente histórico que, desde luego tiene un carácter definido por las relaciones de poder y por las formas en que se disputan los problemas de la construcción de la identidad entre diferentes perspectivas, de modo que es preciso articular en la investigación el contexto cultural, social y educativo, como telón de fondo que permita la referencia al sujeto.

Referencias

Aries, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus.

Agamben, G. (2001). *Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Carroll, L. (1973). *A través del espejo: y lo que Alicia encontró al otro lado*. Madrid: Alianza.

Carroll, L. (1985). *Alicia en el país de las maravillas*. [En línea, traducción argentina]. Consultado: [15, mayo, 2011] Disponible en: <http://www.infotematica.com.ar>

Deleuze, G. (1994). *La lógica del sentido*. [En línea]. Consultado: [21, marzo, 2011] Disponible en: <http://www.philosophia.cl/>

Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo Veintiuno.

Foucault, M. (1999). *La Política de la Salud en el Siglo XVIII*. Barcelona: Paidós.

Foucault, M. (2001). *Los anormales*. Curso en el College de France (1974-1975). Buenos Aires: Fondo de Cultura económica de Argentina.